

defendía á su maestro, y á este tambien envió el Padre delante de sí á la patria y corona del cielo.

Finalmente, pocos indios cristianos, desarmados y mansos, no pudieron resistir mucho tiempo á la multitud de los bárbaros armados y coléricos que, acometiendo con bárbara fiereza al P. Francisco Pinto, descargaron sobre su cabeza un rollizo leño, y repitiendo muchas veces los golpes, le acabaron, quebráronle las mejillas, sacudieron fuera de sus lugares los ojos é hicieron menudos pedazos todo el casco de la cabeza.

No estaba léjos el otro Padre; mas un niño de su compañía, entre el ruido y alboroto, dijo á voces en lengua portuguesa: «Padre, Padre, guarda la vida, guarda la vida,» y el Padre se metió apresuradamente en los bosques, y aunque para matarle le buscaban, pero, guardado de la providencia del cielo, no le vieron.

Descuidados ya los bárbaros del Padre, descargaron contra la tienda la parte de cólera que les quedaba; robaron las pobres alhajas que los Padres tenían para decir Misa y para hacer algunos dones á aquella gente fiera. Contentos con victoria tan infame y con presa tan corta, volvieron á los suyos, y así tuvo lugar el P. Figuera de recoger sus pocos compañeros, esparcidos con el miedo de la muerte, y de llegar al lugar de aquel dichoso sacrificio.

Estaba tendido el cuerpo, quebrada la cabeza y desfigurada la cara, llena de sangre y lodo. Limpiáronla y laváronla, y compuesto el difunto en una red en vez de ataúd, conforme al uso de aquella gente, le dieron sepultura al pié de un monte; que no permitia entonces otro aparato mayor la apretura en que se hallaban.

Uno de los leños que llegó á quebrar aquella sagrada cabeza y dejaron los bárbaros bañado de la sangre del mártir, llevado á la Bahía para consuelo de nuestros religiosos, se guarda con mucha veneracion en aquel colegio.

De esta manera aquel varon fuerte y combatiente invencible, cuya palma honran con eternas alabanzas los ejércitos celestiales, dejó triunfante su túmulo á los ojos de Dios y de los espíritus bienaventurados, aunque desconocido en el suelo, sin nombre y sin decoro entre los pies de sus bárbaros homicidas. Mas esperamos en Dios que algun tiempo entre las asperezas y desiertos de esta region ha de esparcir sus rayos el sol de misericordia, y que la sangre de aquel fortísimo capitán y de pocos compañeros suyos, derramada en honra de Dios, ayudada despues con influencias celestiales, ha de dar abundantísima cosecha de almas. Este fué el fin del triunfo, que el P. José de Anchieta profetizó á este valeroso soldado del Señor.

La vida y martirio de este dichoso predicador de Cristo escribieron el

P. Sebastian Beretario y Estéban de Paternina, en el lib. 4.º de la *Vida del P. José de Anchieta*, cap. XI, el P. Pedro Iarrich, en el tercer tomo de su *Tesouro indico*, lib. 1.º, cap. LVI.

P. NIEREMBRG.

---

P. JUAN DE ALMEIDA,

POR OTRO NOMBRE JUAN MADA.

---

CON justo título dió Dios al justo renombre de flor entre las espinas, (*Cant. 2*), no sólo porque nace hermoso y fragante de la misma raíz y tronco que ellas nacen áridas, duras y feas, sino porque, como dice S. Bernardo, *Bern. ser in Cant.*, criándose y viviendo en medio de ellas, no la hieren, ni se deslustra, ni marchita su hermosura, ántes campea más á su vista y compañía. Todo lo cual se ve en el justo á quien Dios cria y escoge para flor fragante de su Iglesia, para hermosearla con él, y enriquecerla con sus grandes virtudes: naciendo en medio de las espinas de los vicios, conserva su lustre y hermosura, sin ser ofendido de ellos, ántes cuanto más acometido, más campea su candor, y más ostenta los grados de su fineza: de ello tenemos un vivo ejemplo en la vida del milagroso P. Juan de Almeida, el cual naciendo en medio de los zarzales y espinas de las herejías y vicios, se conservó en su pureza como flor plantada por la mano del Señor y escogida para el jardín de su Iglesia, dando mayores muestras de su valor y fineza, cuanto fueron mayores las guerras que padeció y las ocasiones que tuvo para perderla, como se verá en el discurso de su vida, que es la siguiente:

I

*Su patria, padres, educacion y puericia.*

Nació este señalado varon el año de mil y quinientos y setenta y dos en la ciudad de Lóndres, cabeza y córte de Inglaterra, la madre de sus herejías y la maestra de sus vicios.

Su padre fué católico y se llamó Juan Mada, cuyo nombre heredó su hijo, aunque despues le mudó, cuando entró en la Compañía, en el de Almeida, que

conservó siempre, por conformarse en todo con la region en que habitaba y la religion que profesaba.

De su madre, no sabemos ni el nombre ni la profesion, porque murió dejándole muy pequeño, y el padre celebró segundas nupcias con una mujer hereje, quizá por no hallarla católica de su porte y calidad en Inglaterra, la cual estaba tan pervertida en aquel tiempo por la tiranía y mal ejemplo de Isabela su reina, cual nunca se vió hasta entónces, persiguiendo con tan grande crueldad á los católicos, cual ningun tirano persiguió la Iglesia; las cárceles pobladas de santos, las horcas, las torres y los caminos sembrados de sus cuerpos y cabezas, sólo se premiaba el vicio y se castigaba la virtud, y entre tantas y tales espinas brotó esta fragante flor, que desde su nacimiento dió al mundo suave olor de altísimas virtudes.

Mostró desde luego la viveza de su ingenio junta con la blandura de su buen natural, porque era humilde, obediente y sujeto á sus mayores, inclinado á la piedad y á la religion católica, con un aborrecimiento innato á los herejes, cuyos vicios le daban en rostro en la tierna edad de niño, como á Moisés las idolatrías de los egipcios.

Tenia una abuela falta de la vista del cuerpo, pero no de la del alma, porque era católica y devota, y, como tal, industriaba á su nieto en la doctrina de la Iglesia, enseñándole los misterios de nuestra santa fe y á venerar las imágenes de los santos y el culto y reverencia del altar, previniendo la providencia divina á su siervo en aquella tierna edad con este antídoto saludable contra el mortífero veneno de la herejía.

El niño, como tan dócil y bien inclinado, tomaba muy bien los documentos de su abuela, y lo más del tiempo gastaba en componer altares, venerar las imágenes de los Santos que ponía en ellos, y rezar con mucha devocion las oraciones que le habian enseñado; todo lo cual llevaba pesadísimamente la madrastra, que como estaba tan entrañada en la herejía, era darle lanzadas al corazon siempre que le hallaba en estos santos ejercicios.

Tomándola Satanás por instrumento para derribarle de su virtud y atraerle á sus errores y depravadas costumbres, usó de todos los medios que pudo para pervertir al santo niño, ya de caricias y regalos, ya de amenazas, azotes y castigos; y, como no pudiese vencer la constancia del inocente infante, á quien en tan pocos años dió el espíritu divino fuerzas más que de gigante para resistir á sus combates; encendida en saña contra él la cruel madrastra, llamando á sus criadas tan herejes como ella, encendieron un gran fuego para echarle en medio de sus llamas y quemarle vivo en ellas.

El inocente que, como cándido cordero, de nada se recelaba, vino á su mandado obediente, y, teniéndole de las manos, le dijo la madrastra: «Este

fuego que ves se ha encendido para echarte luego en él y abrasarte vivo, si no dejas la fe y religion de los papistas que te ha enseñado tu abuela, y sigues la que yo sigo y la reina de Inglaterra.»

¿Qué haría el inocente Isaac en manos de su madre, viendo arder en altas llamas el fuego en que habia de ser crucificado vivo? No retrocedió ni estuvo ménos constante que el primer Isaac en el amor divino: aunque de ménos edad, pero no de ménos espíritu, levantó los ojos al cielo y con ellos el corazon y el alma, ofreciendo á Dios su vida en defensa de su santa fe; gimió y clamó con alta voz pidiéndole su favor, el cual le envió luego de su mano como lo hizo con Isaac. Porque, al tiempo que la inhumana madrastra le tomó de la cabeza y las criadas de los pies, y le tenian en alto para lanzarle en el fuego; vino la abuela á las voces, y dándolas de compasion, fué como el Angel que detuvo el brazo á Abrahan para que no descargase el golpe sobre el inocente Isaac. Porque de la misma manera detuvo á las cruellísimas herejes para que no echasen en el fuego á su inocente nieto, á quien llevó consigo para asegurar su vida, sacándole del poder de la cruel madrastra que, como infiel, sin Dios, sin fe y sin razon, procuró con tales veras quitarle la del cuerpo y la del alma.

No se dió por vencido Satanás con tan ilustre victoria como alcanzó de él nuestro Juan en tan recia batalla en tan tiernos y tan pocos años, porque, barruntando desde luego la guerra que le habia de hacer si llegaba á la edad mayor, procuró con todas fuerzas atajar sus pasos y quitarle la vida en haciendo; ardid que usó con los hijos de los hebreos en Egipto.

Para ejecutar este intento, le acometió por sí mismo, no despierto sino durmiendo, porque de la primera lid parece que le habia cobrado miedo; y, tomando forma de gato disforme y feo, le embistió por la cabeza, haciéndole una grande herida, cuyo dolor le despertó clamando y diciendo: «*Jesus María, Jesus María*, sed en mi ayuda y mi favor.»

La sangre corria de la cabeza por el rostro, y las lágrimas por los ojos, y las voces subian al cielo de donde le vino el favor, porque se halló rodeado de ángeles y santos gloriosos vestidos de resplandor, los cuales, mirándole amorosamente, le asistian, y esforzaban, y desterraban el temor. A su presencia huyó aquella bestia infernal, y los ángeles le cantaron la victoria, como á glorioso triunfador, y para memoria de ella le quedó siempre la cicatriz y sentimiento en aquella parte que el enemigo le hirió, que fué como dejarle el testimonio de su trofeo para eterna memoria y honra suya.

Esta lucha tuvo con Satanás cuerpo á cuerpo siendo de ocho años, y sin duda fué mayor y más peligrosa la que tuvo en llegando á los catorce; porque, viendo el dèmonio que no le habia podido derribar de su constancia,

jugando contra él las dos referidas lanzas, usó de otra más peligrosa y más fuerte, como dice S. Buenaventura, que fué encender un ardiente fuego, no material sino de concupiscencia y lascivia en el corazón de una criada de su casa, la cual abrasada en este incendio infernal, como la mujer de Putifar del castísimo José, no cesaba de día ni de noche de solicitarle y provocarle con obras y con palabras: ¡Dura lid en tan ferviente edad! ¡Prolija y peligrosa batalla con el enemigo dentro de las puertas de su casa! Pero así fué mayor la victoria y el auxilio del Señor, porque el casto mancebo, como otro segundo José, le afeó sus depravados intentos, y amenazándole con el castigo divino, la movió al temor de Dios, con que refrenó su osadía y alcanzó glorioso triunfo de tan terrible enemigo, armado de la gracia de Dios.

Y no quedó sin premio esta victoria; porque, hallándose con su buena abuela en una quinta fuera de Lóndres y refiriéndole los lances que le habían pasado en las batallas que había tenido así en defensa de la fe como de la castidad, le dijo alumbrada con el espíritu de Dios: «Confiad, hijo, en la divina bondad y no os acobarden las guerras del enemigo, porque Dios que os ha escogido para columna de su Iglesia y salvación de muchos, os asistirá con su gracia y os sacará victorioso de todos sus combates: llegareis á ser Sacerdote, y religioso y predicador de su palabra, y traeréis muchos al conocimiento de su fe.» Palabras que siempre tuvo impresas en su corazón, y le dieron igual aliento y confianza en las lides y trabajos que en el discurso de su vida padeció.

## II

*Sale de Londres para Viana, pasa al Brasil y es recibido en la Compañía.*

Con altísima providencia pone Dios acíbar en las delicias del mundo á sus escogidos, para destetarlos fácilmente de la leche de sus gustos y darles la espiritual de sus consuelos y favores celestiales, como se vió en nuestro Juan de Almeida, á quien puso en las delicias de su casa y regalo de su padre, que le amaba como á hijo, el acíbar amargo del odio de su madrastra y los malos tratamientos de obra y de palabra que continuamente recibía, que era una hiel derramada en cuanto quería y hacía, trayéndole tan apurado, que no pensaba en otra cosa sino en qué medio podría tener para salir de aquella penosa galera, en que padecía mayor tormento que si remara en las que surcan los mares, entregado á un riguroso cómitre que le atormentase toda la noche y el día.

Acosado, pues, de esta melancolía, hallándose solo en casa de su padre, un

día entró por la puerta un hombre al parecer extranjero, á quien no conocía, que sin duda fué enviado de Dios, como lo declaró el suceso, y fijando en Juan los ojos, le dijo: *Vente conmigo*. Palabra fué que penetró su corazón, y como le halló tan descarnado de la casa de su padre, sin esperar á más deliberación, se levantó luego, como lo hizo S. Mateo al llamamiento de Cristo, y le siguió dejando cuanto tenía y podía esperar de su padre y parientes.

Caminó en seguimiento de quien le llamó, que era un portugués honrado y católico, por cuya boca le llamó Dios, para sacarle de la espinosa selva de vicios y herejías de su patria, y trasplantarle en el jardín ameno de la Iglesia católica. Llévóle al puerto, embarcóle consigo, y en breves días llegaron con próspero viento á la villa de Viana, teniendo nuestro peregrino tasadamente diez y siete años.

Aquí tuvo la dicha de entrar en una honrada casa de un noble caballero que se llamaba Bento ó Benito de Roca, tan rico de los bienes espirituales como de los temporales, porque era ejemplar cristiano, muy piadoso y limosnero, y dado á cosas de devoción, y, como el mismo padre dice en sus apuntes, toda su casa y familia era como una concertada y observante religión, porque, como enseña el Espíritu Santo, cual es el señor que rige, tales son los criados que le sirven.

Aquí desplegó nuestro peregrino las velas á su devoción y dió suave pasto á sus deseos, visitando las iglesias, asistiendo al culto divino, sirviendo á las Misas, y oyendo los sermones, y frecuentando los Santos Sacramentos cada ocho días, dando á Dios infinitas gracias por haberle sacado del confuso caos de Inglaterra, oscurecida con tan densas tinieblas de errores y vicios. Y gozando de la quietud que Dios le daba, aprendió á leer, y escribir, y cantar, y algunos principios de latín.

Vivía en la misma casa una señora viuda de gran devoción y piedad, la cual, sabiendo lo que Juan había padecido en Lóndres por la fe, se le aficionó grandemente y le ayudó mucho para todo; llevábale con sus hijos á la iglesia catedral, enseñábale sus devociones, hacíale visitar los altares, y rezar á cada Santo particulares oraciones pidiéndoles su favor, y en particular le industrió en la devoción de la Santísima Virgen María, la cual se le imprimió en el corazón de manera que le duró toda la vida con admirable ternura, que sentía siempre que la oía nombrar ó se acordaba de ella, y todos los sábados iba con toda su familia á una ermita de su nombre, y gastaban todo el día en rezar, y orar, y meditar sus misterios, y adornar su altar y adorar su capilla.

Una cosa le sucedió aquí que refiere en sus apuntes por particular merced de Dios y de su santísima Madre, y fué que, subiendo á una higuera